

lo caritativo á favor de los esclavos, y tan decidida la tendencia á elevarlos al sagrado ministerio, era conveniente dejar un desahogo á ese impulso generoso, conciliándole en cuanto era dable con lo que demandaba la santidad del ministerio. A este doble objeto se encaminaba sin duda la disciplina que se introdujo en España de permitir la ordenacion de los esclavos de la Iglesia, manumitiéndolos antes, como lo dispone el cánón 74 del 4.º concilio de Toledo, celebrado en el año 633, y como se deduce también del cánón 11, del 9.º concilio también de Toledo, celebrado en el año 655, donde se manda que los obispos no puedan introducir en el clero á los siervos de la Iglesia sin haberles dado antes libertad.

Es notable que esta disposicion se ensanchó en el cánón 18 del concilio de Mérida celebrado en el año 666, donde se concede hasta á los curas párrocos, el escoger para sí clérigos entre los siervos de su Iglesia, con la obligacion empero de mantenerlos segun sus rentas. Con esa disciplina, sin cometer ninguna injusticia, se salvaban todos los inconvenientes que podia traer consigo la ordenacion de los esclavos; y ademas se conseguian muy benéficos resultados por una via mas suave: porque ordenándose siervos de la misma Iglesia, era mas fácil que se los pudiera escoger con tino, echando mano de aquellos que mas lo merecian por sus dotes intelectuales y morales: se abria también ancha puerta para que pudiese la Iglesia emancipar sus siervos, haciéndolo por un conducto tan honroso, cual era el de inscribirlos en el número de sus ministros; y finalmente, dábase á los legos un ejemplo muy saludable, pues que si la Iglesia se desprendia tan generosamente de sus esclavos, y era en este punto tan indulgente, que sin limitarse á los obispos, estendia la facultad hasta á los curas párrocos, no debia tampoco ser tan doloroso á los seglares, el hacer algun sacrificio de sus intereses en pro de la libertad de aquellos que paraciesen llamados á tan santo ministerio.

CAPITULO XIX.

Así andaba la Iglesia deshaciendo por mil y mil medios, la cadena de la servidumbre, sin salirse empero nunca de los límites señalados por la justicia y la prudencia: así procuraba que desapareciese de entre los cristianos, ese estado degradante que de tal modo repugnaba á sus grandiosas ideas sobre la dignidad del hombre, á sus generosos sentimientos de fraternidad y de amor. Donde quiera que se introduzca el cristianismo, las cadenas de hierro se trocarán en suaves lazos, y los hombres abatidos podrán levantar con nobleza su frente. Agradable es sobre manera, el leer lo que pensaba sobre este punto, uno de los mas grandes hombres del cristianismo: S. Agustin. (*De Civit. Dei* l. 19 c. 14, 15, 16). Despues de haber sentado en pocas palabras la obligacion que tiene el que manda, sea padre, marido, ó señor, de mirar por el bien de aquel á quien manda, encontrando así uno de los cimientos de la obediencia en la misma utilidad del que obedece; despues de haber dicho que los justos no mandan por prurito ni soberbia, sino por el deber y deseo de hacer bien á sus súbditos: "*neque enim dominandi cupiditate imperant, sed officio consulendi, nec principandi superbia, sed providendi misericordia;*" despues de haber proscrito con tan nobles doctrinas toda opinion que se encaminara á la tiranía, ó que fundase la obediencia en motivos de envilecimiento; como si temiese alguna réplica contra la dignidad del hombre, enardécese de repente su grande alma, aborda de frente la cuestion, la eleva á su altura mas encumbrada, y desatando sin rebozo los nobles pensamientos que hervian en su frente, invoca en su favor el orden de la naturaleza y la voluntad del mismo Dios, exclamando: "así lo prescribe el orden natural, así crió Dios al hombre; díjole qae

dominara á los peces del mar, á las aves del cielo, y á los reptiles que se arrastran sobre la tierra. *La creatura racional hecha á su semejanza, no quiso que dominase sino á los irracionales, no el hombre al hombre, sino el hombre al bruto.*"

Este pasaje de S. Agustin, es uno de aquellos briosos rasgos que se encuentran en los escritores de genio, cuando atormentados por la vista de un objeto angustioso, sueltan la rienda á la generosidad de sus ideas y sentimientos, espresándose con osada valentía. El lector, asombrado con la fuerza de la espresion, busca suspenso y sin aliento, lo que está escrito en las líneas que siguen, como abrigando un recelo de que el autor no se haya extraviado, seducido por la nobleza de su corazon, y arrastrado por la fuerza de su genio; pero se siente un placer inesplicable cuando se descubre que no se ha apartado del camino de la sana doctrina, sino que únicamente ha salido cual gallardo atleta, á defender la causa de la razon, de la justicia y de la humanidad. Tal se nos presenta aquí S. Agustin: la vista de tantos desgraciados como gemian en la esclavitud, víctimas de la violencia y caprichos de los amos, atormentaba su alma generosa; mirando al hombre á la luz de la razon y de las doctrinas cristianas, no encontraba motivo porque hubiese de vivir en tanto envilecimiento una porción tan considerable del humano linaje; y por esto, mientras proclama las doctrinas que acabo de indicar, lucha por encontrar el origen de tamaña ignominia, y no hallándola en la naturaleza del hombre, la busca en el pecado, en la maldicion. "Los primeros justos, dice, fueron mas bien constituidos pastores de ganados, que no reyes de hombres, dándonos Dios á entender con esto, lo que pedia el orden de las criaturas, y lo que exigia la pena del pecado: pues que la condicion de la servidumbre fué con razon impuesta al pecador; y por esto no encontramos en las Escrituras la palabra *siervo*, hasta que el justo Noé la arrojó como un castigo sobre su hijo culpable. De lo que se sigue que este nombre vino de la culpa, no de la naturaleza."

Este modo de mirar la esclavitud como hija del pecado, como un fruto de la maldicion de Dios, era de la mayor importancia; pues que dejando salva la dignidad de la naturaleza del hombre, atajaba de raiz todas las preocupaciones de superioridad natural que en su desvanecimiento pudieran atribuirse los libres. Que-

daba tambien despojada la esclavitud del valor que podia darle el ser mirada como un pensamiento político, ó medio de gobierno; pues solo se debía considerarla como una de tantas plagas, arrojadas sobre la humanidad por la cólera del Altísimo. En tal caso, los esclavos tenian un motivo de resignacion, pero la arbitrariedad de los amos encontraba un freno, y la compasion de todos los libres, un estímulo; pues que habiendo nacido todos en culpa, todos hubieran podido hallarse en igual estado; y si se envanecian por no haber caido en él, no tenian mas razon que quien se gloriase en medio de una epidemia, de haberse conservado sano, y se creyese por eso con derecho de insultar á los infelices enfermos. En una palabra, el estado de la esclavitud era una plaga y nada mas; era como la peste, la guerra, el hambre ú otras semejantes; y por esta causa, era deber de todos los hombres el procurar por de pronto aliviarla, y el trabajar para abolirla.

Semejantes doctrinas, no quedaban estériles; proclamadas á la faz del mundo, resonaban vigorosamente por los cuatro ángulos del orbe católico: y á mas de ser puestas en práctica como lo acabamos de ver en ejemplos innumerables, eran conservadas como una teoría preciosa al través del caos de los tiempos. Habian pasado ocho siglos, y las vemos reproducidas por otra de las lumbreras mas resplandecientes de la Iglesia católica: Santo Tomas de Aquino. (1 P. Q. 96, art. 4). En la esclavitud no vé tampoco ese grande hombre, ni diferencia de razas, ni la inferioridad imaginaria, ni medios de gobierno; no acierta á explicársela de otro modo, que considerándola como una plaga acarreada á la humanidad por el pecado del primer hombre.

Tanta es la repugnancia con que ha sido mirada entre los cristianos la esclavitud, tan falso es lo que asienta Mr. Guizot de que "á la sociedad cristiana no la confundiese ni irritase ese estado." Por cierto que no hubo aquella confusion é irritacion ciegas, que salvando todas las barreras, y no reparando en lo que dicta la justicia y aconseja la prudencia, se arrojan sin tino á borrar la marca de abatimiento é inominia; pero si se habla de aquella confusion é irritacion que resultan de ver oprimido y ultrajado al hombre, que no están empero reñidas con una santa resignacion y longanimidad, y que sin dar treguas á la accion de un celo caritativo, no quieren sin embargo precipitar los sucesos, antes los preparan maduramente para alcanzar efecto mas

cumplido; si hablamos de esta santa confusion é irritacion ¿cabe mejor prueba de ella, que los hechos que he citado, que las doctrinas que he recordado? ¿Cabe protesta mas elocuente contra la duracion de la esclavitud que la doctrina de los dos insignnes doctores, que como acabamos de ver, la declaran un fruto de maldicion, un castigo de la prevaricacion del humano linaje, que no la pueden concebir sino poniéndola en la misma línea de las grandes plagas que afligen á la humanidad?

Las profundas razones que mediaron para que la Iglesia recomendase á los esclavos la obediencia, bastante las llevo evidenciadas, y no puede haber nadie imparcial que se lo achaque á olvido de los derechos del hombre. Ni se crea por eso que faltase en la sociedad cristiana la firmeza necesaria para decir la verdad toda entera, con tal que fuera verdad saludable. Tenemos de ello una prueba en lo que sucedió con respecto al matrimonio de los esclavos: sabido es que no era reputado como tal, y que ni aun podian contraerle sin el consentimiento de sus amos, so pena de considerarse como nulo. Habia en esto una usurpacion que luchaba abiertamente con la razon y la justicia; ¿que hizo pues la Iglesia? rechazó sin rodeos tamaña usurpacion. Oigamos ó si no lo que decia el papa Adriano I. "Segun las palabras del Apóstol, así como en Cristo Jesus no se ha de remover de los sacramentos de la Iglesia ni al libre ni al esclavo, así tampoco entre los esclavos no deben de ninguna manera prohibirse los matrimonios; y si los hubieren *contraido contradiciéndolo y repugnándolo los amos, de ninguna manera se deben por eso disolver*" (*De conju ser L. 4. T. 9. C. 1.*) Esta disposicion que aseguraba la libertad de los esclavos en uno de los puntos mas importantes, no debe ser tenida como limitada á determinadas circunstancias; era algo mas, era una proclamacion de su libertad en esta materia, era que la Iglesia no queria consentir que el hombre estuviera al nivel de los brutos viéndose forzado á obedecer al capricho ó el interés de otro hombre sin consultar siquiera los sentimientos del corazon. Así lo entendia Santo Tomás, pues que sostiene abiertamente que en punto á contraer matrimonio, *no deben los esclavos obedecer á sus dueños.* (2^a 2^a Q. 104. ar. 5.)

En el rápido bosquejo que acabo de trazar, he cumplido segun creo, con lo que al principio insinué; de que no adelantaria

una proposicion que no la apoyara en irrecusables documentos, sin dejarme extraviar por el entusiasmo á favor del Catolicismo, hasta atribuirle lo que no le pertenezca. Velozmente, á la verdad, hemos atravesado el caos de los siglos, pero se nos han presentado en diversísimos tiempos y lugares, pruebas convincentes de que el Catolicismo es quien ha abolido la esclavitud, á pesar de las ideas, de las costumbres, de los intereses, de las leyes que formaban un reparo al parecer invencible; y todo sin injusticias, sin violencias, sin trastornos, y todo con la mas esquisita prudencia, con la mas admirable templanza. Hemos visto á la Iglesia católica desplegar contra la esclavitud un ataque tan vasto, tan variado, tan eficaz, que para quebrantarse la ominosa cadena no se ha necesitado siquiera un golpe violento; sino que espuesta á la accion de poderosísimos agentes, se ha ido aflojando, deshaciendo, hasta caerse á pedazos. Primero se enseñan en alta voz las verdaderas doctrinas sobre la dignidad del hombre, se marcan las obligaciones de los amos y de los esclavos, se los declara iguales ante Dios, reduciéndose á polvo las teorías degradantes que manchan los escritos de los mayores filósofos de la antigüedad; luego se empieza la aplicacion de las doctrinas, procurando suavizar el trato de los esclavos, se lucha con el derecho atroz de vida y muerte, se les abren por asilo los templos, no se permite que á la salida sean maltratados, y se trabaja por sustituir á la vindicta privada la accion de los tribunales; al propio tiempo se garantiza la libertad de los manumitidos enlazándola con motivos religiosos, se defiende con teson y solisitud la de los ingenuos, se procura cegar las fuentes de la esclavitud, ora desplegando vivísimo celo por la redencion de los cautivos, ora saliendo al paso á la codicia de los judios, ora abriendo espeditos senderos por donde los vendidos pupiesen recobrar la libertad; se da en la Iglesia el ejemplo de la suavidad y del desprendimiento, se facilita la emancipacion admitiendo á los esclavos á los monasterios y al estado eclesiástico, y por otros medios que iba sugiriendo la caridad: y así á pesar del hondo arraigo que tenia la esclavitud en la sociedad antigua, á pesar del trastorno traído por la irrupcion de los bárbaros, á pesar de tantas guerras y calamidades de todos géneros, con que se inutilizaba en gran parte el efecto de toda accion reguladora y benéfica, se vió no obstante que la esclavitud, esa lepra que afeaba á las civilizaciones

antiguas, fue desminuyéndose rapidamente en las naciones cristianas, hasta que al fin desapareció.

No se descubre por cierto un plan concebido y concertado por los hombres; mas por lo mismo que sin ese plan se nota tanta unidad de tendencias, tanta identidad de miras, tanta semejanza en los medios, hay una prueba mas evidente del espíritu civilizador y libertador entrañado por el Catolicismo; y los verdaderos observadores se complacerán sin duda en ver en el cuadro que acabo de presentar, cual concuerdan admirablemente en dirigirse al mismo blanco, los tiempos del imperio, los de la irrupcion de los bárbaros, y los de la época del feudalismo; y mas que en aquella mezquina regularidad que distingue lo que es obra exclusiva del hombre, se complacerán, repito, los verdaderos observadores, en andar recogiendo los hechos desparramados en aparente desorden, desde los bosques de la Germania hasta las campiñas de la Bética, desde las orillas del Támesis hasta las márgenes del Tiber.

Estos hechos yo no los he fingido, anotadas van las épocas, citados los concilios; al fin de este volumen encontrará el lector originales y por estenso, los textos que aquí he extractado y resumido; y allí podrá cerciorarse plenamente de que no le he engañado. Que si tal hubiera sido mi intencion, á buen seguro que no hubiera descendido al terreno de los hechos: entónces habria divagado por las regiones de las teorías, habria pronunciado palabras pomposas y seductoras, habria echado mano de los medios mas á propósito para encantar la fantasía y escitar los sentimientos; me habria colocado en una de aquellas posiciones en que puede un escritor suponer á su talento cosas que jamas han existido, y lucir con harto escaso trabajo, las galas de la imaginacion y la fecundidad del ingenio. Me he impuesto una tarea algo mas penosa, quizás no tan brillante, pero ciertamente mas fecunda.

Y ahora podremos preguntar á M. Guizot, cuáles han sido las *otras causas*, las *otras ideas*, los otros *principios de civilizacion*, cuyo completo desarrollo, segun nos dice, ha sido necesario, *para que triunfase al fin la razon de la mas vergonzosa de las iniquidades*. Esas causas, esas ideas, esos principios de civilizacion, que segun él ayudaron á la iglesia en la abolicion de la esclavitud, menester era esplicarlos, indicarlos cuando menos, que

así el lector hubiera podido evitarse el trabajo de buscarlos como quien adivina. Si no brotaron del seno de la iglesia, ¿dónde estaban? ¿Estaban en los restos de la civilizacion antigua? pero los restos de una civilizacion destrozada, y casi aniquilada ¿podrian hacer lo que no hizo, ni pensó hacer jamas, esa misma civilizacion cuando se hallaba en todo su vigor, pujanza y lozanía? ¿Estaban quizás en el individualismo de los bárbaros, cuando este individualismo era inseparable compañero de la violencia, y por consiguiente debia ser una fuente de opresion y esclavitud? ¿Estaban quizás en el patronazgo militar, introducido, segun Guizot, por los mismos bárbaros, que puso los cimientos de esa organizacion aristocrática, convertida mas tarde en feudalismo? Pero ¿qué tenia que ver ese patronazgo con la abolicion de la esclavitud, cuando era lo mas á propósito para perpetuarla en los indígenas de los países conquistados, y estenderla á una porcion considerable de los mismos conquistadores? ¿Dónde está pues una idea, una costumbre, una institucion, que sin ser hija del cristianismo, haya contribuido á la abolicion de la esclavitud? Señálese la época de su nacimiento, el tiempo de su desarrollo, muéstrenos que no tuvo su origen en el cristianismo, y entónces confesaremos que él no puede pretender exclusivamente el honoroso título de haber abolido estado tan degradante; y no dejaremos por eso de aplaudir y ensalzar aquella idea, costumbre ó institucion, que haya tomado una parte en la bella y grandiosa empresa de libertar á la humanidad.

Y ahora, bien se puede preguntar á las iglesias protestantes, á esas hijas ingratas que despues de haberse separado del seno de su madre, se empeñan en calumniarla y afearla; ¿dónde estabais vosotras cuando la iglesia católica iba ejecutando la inmensa obra de la abolicion de la esclavitud? ¿cómo podreis achacarle que simpatiza con la servidumbre, que trata de embilecer al hombre, de usurparle sus derechos? ¿podeis vosotras presentar un título, que así os merezca la gratitud del linage humano? ¿qué parte podeis pretender en esa grande obra, que es el primer nacimiento que debia echarse para el desarrollo y grandor de la civilizacion europea? Solo, sin vuestra ayuda, la llevó á cabo el Catolicismo; y solo hubiera conducido á la Europa á sus altos destinos, si vosotras no hubierais venido á torcer la magestuosa marcha de esas grandes naciones, arrojándolas desatentadamen-

te por un camino sembrado de precipicios: camino cuyo término está cubierto con densas sombras, en medio de las cuales solo Dios sabe lo que hay (15).

CAPITULO XX.

El mas bello timbre de la civilizacion europea, la conquista mas preciosa en favor de la humanidad, cual es la abolicion de la esclavitud, ya hemos visto á quien se debe: á la Iglesia católica: por medio de sus doctrinas tan benéficas como elevadas, y de un sistema tan eficaz como prudente, con su generosidad sin límites, su celo incansable, su firmeza invencible, abolió la esclavitud en Europa; es decir, dió el primer paso que debia darse en la regeneracion de la humanidad, sentó la primera piedra que debia sentarse en el hondo y anchuroso cimiento de la civilizacion europea: *la emancipacion de los esclavos, la abolicion para siempre de estado tan degradante: la libertad universal.* Sin levantar antes al hombre de ese abyeto estado, sin alzarle sobre el nibel de los brutos, no era posible crear y organizar una civilizacion llena de grandor y dignidad; porque donde quiera que se ve á un hombre acurrucado á los piés de otro hombre, esperando con ojo inquieto las órdenes de su amo, ó temblando medroso al solo movimiento de un látigo; donde quiera que el hombre es vendido como un bruto, estimadas todas sus facultades, y hasta su vida, por algunas monedas, allí la civilizacion no se desenvolverá jamas cual conviene: siempre será flaca, enfermiza, falseada, porque donde esto se verifica, la humanidad lleva en su frente una marca de ignominia.

Probado pues que fué el Catolicismo quien quitó de en medio ese obstáculo á todo adelanto social, limpiando por decirlo así á la Europa de esa repugnante lepra que le infectaba de piés á cabeza, entrémos ahora en la investigacion de lo que hizo el Catolicismo para levantar el grandioso edificio de la civilizacion europea; que si reflexionamos seriamente cuánto ella estraña de vital y fecundo, encontraremos nuevos y poderosos títulos que

merecen á la Iglesia católica la gratitud de los pueblos. Y ante todo será bien echar una ojeada sobre el vasto é interesante cuadro que nos presenta la civilizacion europea, resumiendo en pocas palabras sus principales perfecciones; pues que de esta manera, podremos mas fácilmente darnos razon á nosotros mismos de la admiracion que nos causa, y del eutuciasmo que nos inspira. El individuo con un vivo sentimiento de su dignidad, con un gran caudal de laboriosidad, de accion y energía, y con un desarrollo simultáneo de todas sus facultades; la mujer elevada al rango de compañera del hombre, y compensado por decirlo así el deber de la sujecion con las respetuosas consideraciones de que se la rodea: la blandura y firmeza de los lazos de la familia, con poderosas garantías del buen orden y de justicia; una admirable conciencia pública, rica de sublimes máximas morales, de reglas de justicia y equidad, y de sentimientos de pundonor y decoro; conciencia que sobrevive al naufragio de la moral privada, y que no consiente que el descaro de la corrupcion llege al exceso de los antiguos; cierta suavidad general de costumbres, que en tiempo de guerra evita grandes catástrofes, y en medio de la paz hace la vida mas dulce y apacible; un profundo respeto al hombre y á su propiedad, que hace tan raras las violencias particulares, y sirve de saludable freno á los gobernantes en toda clase de formas políticas; un vivo anhelo de perfeccion en todos ramos; una irresistible tendencia, errada á veces, pero siempre viva, á mejorar el estado de las clases numerosas; un secreto impulso á proteger la debilidad, á socorer el infortunio; impulso que á veces se desenvuelve con generoso celo, y cuando no, permanece siempre en el corazon de la sociedad causándole el mal estar y desazon de un remordimiento; un espíritu de universalidad, de propagacion, de cosmopolitismo; un inagotable fondo de recursos para remozarse sin perecer, para salvarse en las mayores crisis; una generosa inquietud que se empeña en adelantarse al porvenir, y de que resultan una agitacion y un movimiento incensantes, algo peligrosos á veces, pero que son comunmente el gérmen de grandes bienes, y señal de un poderoso principio de vida; he aquí los grandes caracteres que distinguen á la civilizacion europea, he aquí los rasgos que la colocan en un puesto inmensamente superior á todas las demas civilizaciones antiguas y modernas.